

cha citada al principio, siendo sepultado en la parroquia de Santa María Magdalena de Bolonia, lugar sagrado donde esperan la gloria de la resurreccion la mayor parte de los Jesuitas mexicanos muertos en el destierro.

El P. Juan Francisco Irigorri, de quien vamos á hablar por su turno, nació en el pueblo de San Matías en la Sierra de Pinos el 12 de Julio de 1728; y abrazó el Instituto de S. Ignacio en 1º de Febrero de 1751, habiendo estudiado antes gramática en el Colegio de San Luis Potosí, y despues filosofia en el de S. Ildefonso de México, bajo el magisterio del célebre P. José Campoy, en calidad de alumno de gracia para el servicio de la casa, por la triste situacion á que lo habia reducido su orfandad: concluido el noviciado enseñó gramática por dos años en Zacatecas, y volviendo á México á estudiar teología, concluido su curso, ordenado de sacerdote y hecha la profesion de cuarto voto, fué destinado operario de la Casa Profesa, en la que se adquirió el crédito de uno de los primeros oradores de la capital y de los más puntuales asistentes al confesonario, visita de cárceles, hospitales y demás ministerios de dicha Casa: á estos penosos empleos se agregó el de ayo de los hijos del Virey Cruillas que desempeñó por seis meses, hasta que fué reemplazado por el P. Salvador Dávila, de quien hablamos arriba. En los colegios de Puebla, de S. Ildefonso y S. Jerónimo, volvió posteriormente á enseñar filosofia, con tal provecho de la juventud, especialmente en la práctica de las virtudes, que despues de muchos años se decía comunmente en esa ciudad, cuando se veía algun sacerdote ó secular que cumplía ejemplarmente con sus obligaciones. "Este fué discípulo del P. Irigorri." Por algunos años fué morador del Colegio de Oaxaca, empleándose en el laboriosísimo ministerio de las misiones por los pueblos, en las que consiguió grandes frutos en la conversion de muchos pecadores, reforma de costumbres y extirpacion de sin número de escándalos públicos; frutos que se debieron no ménos á su elocuente y fervorosa predicacion, que al ejemplo de sus virtudes, á su continúa oracion y áspera penitencia. El decreto de expulsion le alcanzó siendo Ministro de la Casa Profesa, y ya queda dicha la sumision y tranquilidad de espíritu que manifestó en aquel acto. En Italia continuó dando los mismos ejemplos de virtud, y sirviendo á su comunidad en los oficios de secretario de Provincia, procurador y maestro de los religiosos jóvenes, con tanto celo, acierto y fervor como lo habia ejecutado en tiempos más felices. Suprimida la Compañía pasó á Roma, donde tal fué la edificacion de su vida que no era conocido con otro nombre que con el de "Santo Americano:" sobre todo dió tales ejemplos de paciencia en una grave enfermedad, para cuya curacion fueron necesarias repetidas y crueles operaciones, que admirados los cirujanos de aquella for-

aleza de ánimo y tranquilo semblante con que sufría los cauterios y escarificaciones, decian á voz en cuello que jamás habian visto tal valor aún en los más esforzados militares. En la convalecencia salió de Roma por consejo de los médicos al pueblo llamado Castel Madama, donde falleció, dando tales ejemplos de virtud, que á su entierro concurrió todo lo más florido de la poblacion y cuantos eclesiásticos allí moraban; y lo que más llamó la atencion, una gran multitud de niños, como si el cielo hubiese querido honrar con este inocente acompañamiento el amor que habia profesado en vida á la niñez, y las grandes fatigas que le habia costado su educacion cristiana y literaria. Ocurrió la muerte del P. Irigorri á 18 de Agosto de 1783: su cadáver fué sepultado en el templo de Ntra. Señora de Loreto del mismo pueblo y en la bóveda de los fundadores, que pertenece á una de las principales familias de Italia, por empeño de ellos mismos.

Este año fué funesto á los desterrados: entre los difuntos tambien se contó el P. José Bellido, natural de Granada, en cuya ciudad nació el 22 de Junio de 1700: sus padres pertenecieron á una de las más nobles y ricas familias, y su tio paterno D. José, fué Obispo de Palencia. Hechos sus estudios de gramática y filosofia en el Seminario Conciliar de esta última ciudad, tomó la sotana el 26 de Abril de 1722 en la provincia de Castilla la Nueva, y habiendo estudiado teología pasó á la de México, donde concluyó sus estudios y se ordenó de sacerdote. Tal era su virtud, que apenas de treinta y dos años fué nombrado Ministro del Colegio de S. Ildefonso de Puebla, oficio de suma responsabilidad entre los Jesuitas, pero que desempeñó á entera satisfaccion de los superiores. En el dicho Colegio enseñó despues un curso de filosofia, y tambien en Oaxaca y últimamente teología en Guadalajara: durante esta larga carrera que excedió de diez años, formó jóvenes muy distinguidos en todos los estados, entre los que se cuenta al célebre mexicano D. José Carlos de Agüero, que obtuvo grandes empleos en España, y aún se dice, que fué Virey de Valencia. La enseñanza no impidió al P. Bellido dedicarse empeñosamente á los ministerios del púlpito y confesonario, y á otras obras pias: él influyó mucho en la fundacion del convento de Sta. Rosa de Puebla, del que fué primera Abadesa la V. M. María de Jesus, cuya conciencia dirijia y de la que escribió despues su vida: ayudó tambien al P. Pimentel en la otra fundacion del convento de Sta. Mónica en Guadalajara; y en medio de tantos trabajos y tareas, su descanso era en tiempo de vacaciones misionar por los pueblos. De la enseñanza pasó el P. Bellido al gobierno de los colegios: fué maestro de novicios, rector del de Zacatecas y procurador á Madrid y Roma, donde auxilió mucho al P. López en su



solicitud para la declaracion del portentoso guadalupano y la fundacion de la colegiata. Vuelto á la Provincia, fué nombrado Prepósito de la Casa Profesa, Vice provincial y tres años despues rector del importantísimo Colegio Máximo de S. Pedro y San Pablo: lo fué despues del Colegio del Espíritu Santo y del de S. Ildefonso de Puebla: "dos cosas, dice su biógrafo, asombraron del P. José en este nuevo oficio, su gran literatura, que lejos de haber disminuido en tan diversas ocupaciones, parecia que con ellas mismas habia adquirido mayores aumentos, y la perfeccion de su virtud, pasando sin la menor novedad de las primeras dignidades de su Provincia á la clase de súbdito el más fervoroso y observante; prueba demostrativa de la inconcusa verdad de que solo sabe mandar bien, quien ha sabido obedecer perfectamente." En ese Colegio se le intimó el decreto de expulsion, cuando rayaba ya en los setenta años de edad: salió de dicha ciudad con todos sus súbditos á Veracruz, donde durante los tres meses de la permanencia en ese puerto, se ocupó en la enseñanza de los jóvenes Jesuitas y en darles ejemplo de virtud: lo mismo practicó en las diversas y penosas caminatas por mar y tierra hasta su llegada á Bolonia, donde continuó el mismo empleo de superior de toda la juventud, hasta la abolicion de la Compañía. Recibido este doloroso golpe, quedó en Bolonia, acompañado de un Hermano coadjutor que no quiso abandonarlo en sus últimos dias, en tal retiro y abstraccion, que despues de celebrar el Santo sacrificio de la Misa, se encerraba en su aposento, ocupándose en la oracion, estudio y consolar á sus antiguos hermanos, que lo buscaban á porfia como su director, consejero y verdadero padre: para todos era un objeto de tal veneracion, como lo fué en otro tiempo S. Simeon el solitario, dando documentos de lo alto de su columna. Así sobrevivió hasta el año de 1783, en que á consecuencia de una caída en que recibió un golpe en la cabeza, falleció á 17 de Diciembre, recibidos los Santos Sacramentos, á los ochenta y cuatro años y medio de su edad. Su cuerpo fué depositado en la parroquia de S. Donato, en un sepulcro de mármol que D. Vicente Zancheth, noble bolonés, mandó levantar á sus expensas, por la respetuosa estimacion que profesaba al venerable anciano, quien por los muchos años que habia vivido en nuestra pátria, no era reconocido con otro nombre en Italia sino con el del Santo Jesuita mexicano."

En el capítulo X, tomo primero, hemos dado noticia de las misiones practicadas en Yucatan, y del aprecio que por ellas se adquirió de los personajes más distinguidos de toda aquella península, el P. Francisco Javier Gómez: daremos ahora una idea de la vida de este apostólico misionero. Fué natural del Reyno de Aragon, y nació el 25 de Marzo de 1701, bajo la proteccion del Santo Apóstol de las Indias, cuyo nombre se le puso en el bautismo, y á

cuya intercesion se atribuyó la conservacion de su vida, por haber nacido á los siete meses tan débil y abatido, que se le tuvo por muerto. En el Colegio de los Jesuitas de Bilbao hizo todos sus estudios hasta el de teología con la reputacion de jóven aplicado, y más que todo virtuoso y vencedor de sí mismo: en 16 de Enero de 1724 abrazó el Instituto, y despues del noviciado y de haber enseñado gramática y retórica por cuatro años en el Colegio de Gandía, ordenado ya de sacerdote fué destinado á la Provincia de México, habiendo hecho en el camino una mision en la Habana y otra en Veracruz: llegado á la capital enseñó Humanidades en el Colegio de S. Ildefonso, explicando al mismo tiempo la doctrina cristiana á los indígenas en la Iglesia de San Gregorio, primero en castellano y á poco en el idioma mexicano en que fué muy versado: de estos ministerios fué trasladado al Colegio de Mérida en Yucatan, en cuyo departamento residió casi treinta y cuatro años en el ejercicio de las misiones, con el método, fruto y recomendacion que queda referido en el capítulo ántes citado, y que le hicieron adquirir generalmente entre todos los habitantes de esa península el título de "El Apóstol Yucateco." En 1767, salió de Mérida como todos sus hermanos, en virtud del decreto de expulsion, y en medio de las lágrimas y clamores dolorosos de todos los pueblos: en Bolonia pasó á vivir á una de las casas destinadas á los Padres mexicanos, vacando únicamente á la oracion, y siendo el consuelo de todos los Jesuitas. Abolida la Compañía, se le unió un hermano suyo que habia sido coadjutor en la Provincia de Aragon, y encargado éste del cuidado de su subsistencia, el P. Javier, ya casi octogenario, no se ocupaba sino de visitar los templos y de sus ejercicios espirituales, que continuó con el mismo fervor que siempre habia tenido; adquiriéndose igual fama de santidad entre los italianos como la habia disfrutado en Yucatan: allí tambien se hizo distinguido por algunos vaticinios que se realizaron y varias curaciones que se tuvieron por milagrosas, y que el venerable anciano atribuia por su suma humildad á la reliquia de San Ciro, que aplicaba á los enfermos, como lo hacia en Nápoles su grande Apóstol San Francisco de Jerónimo. Ultimamente atacado de apoplegia, paralizado de sus miembros y despues de haber dado los mayores ejemplos de virtudes á los domésticos y extraños, murió el día 20 de Noviembre de 1784, de más de ochenta y tres años de edad, y fué sepultado en la parroquia de Santo Tomás de la dicha ciudad de Bolonia, en un sepulcro separado, sobre cuya losa se le puso un honorífico epitafio.

Seis meses despues siguió á este célebre misionero, otro Jesuita no ménos ilustre por su caridad con sus hermanos desterrados, el P. Manuel Arce: nació este varon caritativo en la ciudad de Aguascalientes el 5 de Abril de 1725, y tomó la sotana de la Compañía el



7 de Marzo de 1744: ordenado de sacerdote se hizo distinguir por su constancia y acertada direccion en el confesonario: por algunos años hizo misiones muy fructuosas por el Arzobispado de México y Obispado de Puebla, en cuya ciudad fué rector además del Colegio de San Ignacio, tuvo gracia particular para dirigir las congregaciones de la Santísima Virgen, formadas por los jóvenes estudiantes de los colegios de Zacatecas y Guadalajara, donde moró por algun tiempo. En 1767 se hallaba de rector en el Colegio y curato de San Luis de la Paz, y á sus esfuerzos y persuasivos ruegos se debió la tranquilidad de aquella poblacion, que se habia puesto en armas para impedir la salida de los Jesuitas, como ya queda referido. Llegado á Italia y destruida la Compañía de Jesus en 1773, se propuso desde que vió abandonados enteramente á sus hermanos en un país extranjero, servirles de auxilio y amparo, como en otro tiempo Tobías á los cautivos de Israel. Convirtió su casa en hospital de ancianos é impedidos, y venciendo su natural cortedad y cierta rusticidad de génio, de que nunca pudo desprenderse, solicitando limosnas y auxiliado por varios Jesuitas de familias acomodadas de México, logró erijir perpétuamente en Bolonia una casa de beneficencia, con el título de "Hospital de septuagenarios." La inagotable misericordia del P. Arce no se satisfacía con la prolija asistencia de aquel establecimiento. Apenas llegaba á su noticia que alguno de sus hermanes se hallaba enfermo ó en alguna necesidad, cuando al momento acudía á su morada á remediarla, ya con medicinas, ya con ropa y hasta con libros para su estudio ó recreo: ningun oficio por abatido que fuese excusaba para auxiliarlos, curaba con sus mismas manos á los enfermos, les barría los aposentos, no pocas ocasiones les guisaba la comida, jamás se apartaba del lecho de los moribundos, y cuando habian entregado su alma al Señor solicitaba que se les diese decente sepultura y los acompañaba á ella con el más paternal sentimiento: jamás se negó á la menor insinuacion que se hiciera á favor de sus hermanos y aún se adelantaba á ofrecer sus servicios para cortarles la vergüenza de pedirlos: á su piedad y empeñosa solicitud se debió la generosidad con que el párroco de Sta. María Magdalena sepultó en su Iglesia multitud de nuestros proscritos paisanos: como muestra de su agradecimiento existen hasta el dia en la dicha parroquia, dos cuadros del famoso pintor mexicano D. Miguel Cabrera, uno del Corazon de Jesus y el otro de la Virgen de los Dolores, donados por el P. Arce, quien dejó además dotada una funcion anual para su culto. Ultimamente despues de una vida tan laboriosa que habia edificado á toda la ciudad de Bolonia con el ejemplo de tantas virtudes, cayó en cama á causa de una grave y penosa enfermedad;

pero aunque imposibilitado en el cuerpo para desempeñar aquellos actos tan meritorios, su espíritu velaba atento á las necesidades de sus hermanos. "A cuantos entraban á visitarle, escribe un testigo presencial, no les hacia otras preguntas que las relativas al estado en que se encontraban los demás Padres; si alguno habia enfermado y de qué; si ya habian visto al médico; si tenia quien lo asistiese, y si no carecía de los auxilios necesarios para su curacion: y constante hasta su último suspiro en la práctica de la ardiente caridad, que habia sido su norma durante su vida, desde antes de morir dispuso de lo poco que poseía, destinándolo á usos piadosos, y principalmente al socorro de los enfermos." En fin, despues de recibidos los Santos Sacramentos, y de haberse hecho poner delante el féretro en que debia ser conducido al sepulcro, espiró tranquilamente y con suma presencia de ánimo, respondiendo él mismo á las preces que usa la Iglesia para los moribundos, el dia 18 de Mayo de 1785, de edad de sesenta años y casi seis meses. Su cadáver reposa en la mencionada parroquia de Santa María Magdalena.

El P. José Julian Parreño, de quien hemos hablado en varios lugares, como uno de los más célebres predicadores de su tiempo, nació en la Habana el 11 de Diciembre de 1728: habiendo estudiado con grande aplauso gramática y filosofia en esa Isla, aunque con mucha repugnancia y sentimiento de su padre, que habia fijado en él todas sus esperanzas por sus claros talentos, nobles maneras y madura virtud. Pasó á México y vistió la sotana de Jesuita en Tepotzotlan, en 14 de Agosto de 1743: concluido su noviciado, se entregó tan ardientemente al estudio de las humanidades, que llegó á contraer tal debilidad de estómago que no le era posible tomar ningun alimento ni bebida por la repugnancia que tenia. Esto movió á los superiores á mandarlo á Puebla, donde convaleciendo de sus achaques repasó filosofia y comenzó á enseñar gramática en el Colegio del Espíritu Santo de esa ciudad. Quiso la desgracia que allí mismo moraba un Padre anciano, que se habia dejado arrastrar de la mania de los predicadores de esa época, llamados despues de la famosa crítica del P. Isla, *gerundianos*, quien le recomendó varios autores en latin y especialmente en castellano de esa escuela; entregado el P. José con avidez á su lectura, estuvo en peligro de haber corrompido desde el principio sus excelentes disposiciones oratorias; peligro que despues lo hizo cauto, abandonando para siempre tales libros. Vuelto á México comenzó el estudio de la teología, siendo al mismo tiempo Prefecto de S. Ildefonso, empleo sumamente laborioso, pues llegaba á trescientos el número de los alumnos internos; pero á todo supo dar lleno, enseñando además de su estudio teológico un curso de filosofia, y concluido este, así como el que le era propio, cuyo exámen fué brillantísimo, prosiguió allí mismo, ordena-



do ya de sacerdote, á dar otro curso de retórica, en el que con la lectura de mejores autores, perfeccionó sus naturales dotes para el púlpito, mereciendo desde entonces la pública aclamacion. Ocurrióle en esos dias un caso que llamó mucho la atencion: habia pasado á tener vacaciones al pueblo de Coyoacan, cuando una noche soñó que se le presentaba la muerte, en la forma de un esqueleto armado de guadaña, como vulgarmente se pinta, que le asestaba el golpe mortal en cuyas circunstancias se presentaba el P. Diego Vallarta, otro Jesuita que lo acompañaba, en actitud de reparar el golpe fatal: la muerte entonces le dijo: “¿pues á quién debo herir? y como pensativa por un instante, añadió. Ya, ya sé adonde: voy á la casa del Dean de la catedral de México”, y desapareció. Dispertó asustado nuestro Jesuita y tuvo cuidado de ver la hora que era; cuando al dia siguiente llegó á su noticia que el dicho Dean, que lo era D. Ildefonso Moreno, habia muerto de repente esa noche á la misma hora, estando completamente sano; y para complemento de la vision, pocos dias despues murió de fiebre el P. Vallarta, que lo habia defendido. De S. Ildefonso se trasladó á la Casa Profesa, en la que se empleó en todos los ministerios que allí se ejercian, desempeñando el del púlpito en las primeras funciones con el aplauso que primeramente habia conseguido, al grado que entre los sábios se le llamaba el reformador del púlpito mexicano. En Enero de 1764 fué nombrado rector del seminario de S. Ildefonso y en el poco tiempo que lo gobernó, sobre lo acertado que fué su gobierno hizo dos importantes servicios, uno á la Iglesia y otro al mismo establecimiento: á la primera; por la fundacion de becas para estudiantes teólogos; y al segundo por haberse entonces reunido por sus repetidas solicitudes, varios sujetos de la Provincia muy notables para la reforma del plan de estudios, que no llegó á tener verificativo por el decreto proscriptorio de 1767. Llegado á Italia despues de más de un año de ásperos caminos por tierra y no ménos procelosos por mar, se estableció en Roma, y libre de todo gobierno se dedicó á escribir diversas obras, entre las que son de sumo aprecio la que tuvo por objeto la libertad de los negros y la exposicion, ó mejor dicho, la ampliacion de la célebre obra de los “lugares teológicos” de Melchor Cano. Empezó tambien y dejó muy adelantada otra, anotando la historia eclesiástica de Fleuri y otra multitud de importantes opúsculos, que no todos quedaron concluidos. Esta asídua ocupacion al estudio y á escribir, la tomó principalmente como una distraccion de la suma tristeza y abatimiento de espíritu, que le causaba el destierro de su patria, que le era intolerable, y que al fin lo condujo al sepulcro habiendo hecho él mismo su epitafio, en el que manifestaba demasiado aquella pesadumbre que lo devoraba. Esta sola pieza que demuestra todo el talento del P. Parreño; dice así: *Hic situs est,*

*Josephus, Julianus, Parrennus, Habanensis, qui desiderio patriae triste sui desiderium Reliquit.* Además siempre amante de su Colegio de San Ildefonso, le legó su selecta librería, anotando en cada obra, que se trajera á dicho Colegio, como en efecto se hizo. Su dedicacion á las prácticas espirituales que habia aprendido en la Compañía, fué no ménos constante que su estudio, dejando por todas partes el buen olor de sus virtudes. En fin, despues de haber residido en varios lugares de la Toscana, huyendo del temperamento de Roma que le agravaba sus muchos males, murió con la mayor edificacion y presencia de espíritu en el monasterio de Valle Umbrosa, en los confines de Arezo, el dia 1º de Noviembre de 1785 á los cincuenta y siete años y poco más de su edad.

Si no de tanta nombradía por su saber, sí de grato recuerdo para los mexicanos, por su empeñoso afan en extender por Italia el culto á la Sma. Virgen de Guadalupe, debe serlo el P. Benito Velasco, el segundo de los tres que abrazaron el Instituto de la Compañía: nació en Villa de Carrion á 28 de Diciembre de 1733, y pasando despues á Puebla estudió latinidad y filosofia en el Seminario Tridentino, dando grandes ejemplos de virtud desde sus tiernos años, aplicacion, frecuencia de Sacramentos y tiernísima devocion á la Santísima Virgen: en 22 de Agosto de 1751 entró al noviciado de Tepetzotlan, distinguiéndose entre todos los jóvenes sus compañeros, por su festiva modestia, su caridad y observancia á las más menudas reglas de la Compañía: en Pátzcuaro fué maestro de gramática y sumamente apreciado de la poblacion, y regresando á México ordenado de sacerdote, por dos años moró en la Casa Profesa, dedicado especialmente al confesonario con fama de excelente director; así como la adquirió de apropiado maestro de la juventud en el Colegio de S. Ildefonso, del que salió para Italia en 1797 en la desgracia comun de la Provincia. En Bolonia residió en Castel Mediciua, dando siempre grandes ejemplos de virtud, hasta la extincion de la Orden en cuya época pasó á vivir á la misma ciudad, ocupándose desde entonces, en la Iglesia, que allí nombran de la Degollacion de San Juan, asociado con multitud de personas piadosas en tributar cultos públicos diariamente á la Santísima Virgen de Guadalupe, á la que erigió, en medio de su escasez de recursos un devoto y rico altar, colocando en él una imágen del célebre pintor Cabrera, que se le habia mandado de México, segun entendemos, al P. José María Castañiza, para consolarlo en su destierro. Y no se limitó á esto su devocion: en la misma Bolonia fabricó otros dos altares en diversos templos, igual número en Ferrara, otro en Roma en el Castel de San Pedro y en el Foro de Cornelio, contribuyendo á éste último los Jesuitas Chilenos, que allí residian, adornándolo con ricas lámparas y demás servicio de altar y fundando solemne fun-



ción anual el día de su aparición, además de otras, que se hacían todos los sábados. Para el altar de Bolonia alcanzó grandes indulgencias del Sr. Pio VI, y principalmente éste último se hizo más célebre en Italia, por el empeño que los Jesuitas mexicanos tomaron en sostener y aumentar el culto de la imagen guadalupana después de la muerte edificante y muy sentida del P. Velasco, ocurrida el 17 de Mayo de 1786: Su cadáver descansa en el citado templo de San Juan, delante del altar de que había sido fundador y patrono.

En el mismo año de 1786, á 28 de Diciembre, falleció en Bolonia, y fué sepultado en la tantas veces mencionada parroquia de Sta. María Magdalena, el honradísimo Hermano coadjutor, Martín María Montejano: era gallego, natural de Cangas de la diócesis de Compostela, y nació á 11 de Noviembre de 1709; pasó á nuestra América ya hombre de edad, pero de muy buenas costumbres y de notoria piedad: residió primero en Puebla y administró la casa de D. Ignacio Eguren, caballero español y rico comerciante, dando muestras de la mayor probidad y no vulgares conocimientos mercantiles, y siendo al mismo tiempo modelo de devoción y virtudes, al grado de haberle ofrecido su patron la mano de su hija. Pero otras eran las ideas de Montejano, que despreciando todas aquellas riquezas con que le brindaba la fortuna, entró en la Compañía en clase de humilde coadjutor, en 14 de Abril de 1742, cuando contaba treinta y tres años de edad. En el noviciado fué el ejemplo de toda la casa y por lo mismo sumamente apreciado de sus maestros los PP. Genovesi y Bellido. Hechos sus primeros votos no se vaciló un momento en destinarlo al oficio en que debía servir á la religión, señalándosele para el más difícil que tenía en esa época, el de procurador del Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo de México: el más difícil, repetimos, porque además de la comunidad de esa casa, que nunca bajaba de noventa moradores, y á veces llegaba á cien, contaba numerosísimas fundaciones, ya para las solemnes fiestas que se celebraban en su templo, ya por la administración de los fondos de varias congregaciones en él establecidas, y ya en fin, porque casi la totalidad de las muchas limosnas que de esa casa se repartían, no solamente para socorrer las necesidades de alimentos y vestidos á los pobres comunes, sino las increíbles que se distribuían semanaria y aún diariamente á multitud de familias vergonzantes, hacían su administración sumamente penosa y complicada, á lo que se agregaba, que en razón de la alta capacidad de Montejano era el consultor general en los negocios graves de los otros colegios, aún de fuera de la capital, de manera que podía llamarse procurador general de todos ellos. Dos cosas se hicieron reparables en nuestro Martín: que en medio de tantas y tan diversas ocupaciones,

jamás se descuidó de la perfección de su estado, siguiendo constantemente la observancia de que había dado ejemplo desde novicio, y que en todos los papeles de su archivo, libros de cuentas, y demás piezas pertenecientes á su oficio, había tal orden y tal distinción en las partidas relativas á cada ramo, que, como ya dijimos en otra parte, llamó tanto la atención del comisionado régio cuando el extrañamiento, que se le invitó de orden del Virey para dejarlo encargado de la administración de todas las temporalidades de los Jesuitas; oferta que rehusó por seguir la suerte adversa de todos sus hermanos. En lo interior del Colegio era exactísimo, aunque firme en dar gusto á todos sus moradores, en cuanto se encaminaba á su alivio y no se oponía á la pobreza religiosa; y fuera de casa era proverbial su buena fé en todos los negocios, el respeto á su virtud y lo ejemplar de su trato, pues, aún en su humilde estado, dando despacho á los que ocurrían á su oficina, su conversacion toda era de cosas espirituales y pertenecientes al bien de las almas. Llegado á Bolonia algun tiempo después que los demás Jesuitas de la Provincia, no sin haber experimentado graves padecimientos en sus viajes por mar y tierra, y ya en edad sexagenaria, continuó sus útiles servicios, tanto en el Herculano, casa de estudios, como en las demás de aquella ciudad, de manera que fué el consuelo de todos los desterrados y el grande auxilio de los superiores para proveer á sus necesidades en aquellas angustiadas circunstancias de miserables recursos y de país extraño. Suprimida la Compañía en 1773 permaneció en Bolonia en una casa particular, en el retiro de todos los negocios, pero no en el olvido de sus hermanos, á quienes auxiliaba y socorria cuanto le era posible: si se le veía en la calle, podía asegurarse que se dirigía al templo á visitar al Santísimo Sacramento, ó á prestar algun obsequio caritativo: en lo interior de su casa siempre estaba ocupado en la oración, lectura espiritual y demás prácticas piadosas para prepararse á una santa muerte; género de vida en que permaneció doce años enteros, y que terminó edificantemente, recibidos los Santos Sacramentos y en su entero juicio y conocimiento, á la edad de cerca de setenta y ocho años.

La ciudad de Valladolid, hoy Morelia, fué la patria del edificantísimo Jesuita de quien vamos á hablar. Nació el P. Francisco Javier Rivero en dicha ciudad á 3 de Diciembre de 1729, y habiendo estudiado en el Colegio de S. Ildefonso gramática y filosofía, vistió la sotana en Tepotzotlan á 15 de Marzo de 1749, junto con su hermano, dos años menor, llamado Ramon. Desde los primeros días de su noviciado se notó en él, además de una grande inocencia y pureza de vida, que lo distinguieron desde sus primeros años, una llama tal de amor divino, que no podía ni pensar ni hablar sino de Dios,